
DE LA REALIDAD A LAS TEORÍAS Y VICEVERSA

ADRIÁN MEDINA LIBERTY

Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos de vista.

Jorge Luis Borges, *El Aleph*.

Cuando las disciplinas científicas tratan la posibilidad de un trabajo multidisciplinario, no sólo se enfrentan a un peliagudo desafío (más adelante me refiero a un obstáculo casi insalvable) sino que la acometida misma de esta tarea, sin duda noble y deseable, lleva implícita, al menos, la aceptación tácita de dos principios o axiomas. Uno, implica el reconocimiento de que la realidad siempre es superior a nuestras teorías y, por tanto, nos exige la continua adaptación de éstas a lo que vamos descubriendo del siempre inabarcable universo. Segundo, aunque la realidad no se autocorrije, nuestras teorías y modelos tienen como marca ingénita una continua autocorrección.

Independientemente de si fraccionamos a las ciencias entre naturales y sociales —sin duda, otro tema extenso y polémico— la posible solución de algunas problemáticas nos exige conocimientos y habilidades que no necesariamente poseemos o que simplemente no fueron ponderadas dentro de nuestra formación profesional. Supongamos el caso de un psicólogo social que, respondiendo al llamado de una oficina gubernamental, se aboca a la difícil tarea de diseñar una estrategia para reducir el consumo de drogas entre preadolescentes. En primera instancia, podría pensarse que las adicciones son un problema de índole psicológico e, indudablemente, muchos padres de familia acudirían con algún profesional de esta disciplina para enfrentar la naciente —o creciente— adicción de su hijo(a), pero es evidente, incluso para el ojo del neófito, que el problema va más allá de una dificultad personal o psicológica. Aunque ésta indudablemente podría existir, las condicionantes de una adicción así como las variables que podrían mantenerla o incrementarla son de índole múltiple —por ejemplo, médica, familiar, económica— y, por tanto, requieren —exigen— de una atención igualmente diversa, tanto en el diagnóstico como en la intervención.

Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México. / amedina@unam.mx

La afirmación de que un problema social requiere de una atención transdisciplinar no suele instigar disenso alguno, al menos en sus aspectos generales. Sin embargo, esta aceptación tácita no suele continuarse con una estrategia integral. Me parece que existen dos serios obstáculos para un trabajo integral entre las disciplinas, uno de índole conceptual y otro relativo a la organización de éstas.

Desde una perspectiva teórico-conceptual, la psicología, pongamos por caso mi propio campo de trabajo, se desenvuelve sobre axiomas implícitos pertinentes al método, la teoría o las técnicas de intervención, pero uno en particular resulta significativo para la discusión actual: *cada área temática se estudia desde los diferentes niveles teórico-metodológicos pertinentes*. Esto es, un caso de pérdida de la memoria, digamos, podría tratarse desde diversos niveles: médico, psicofisiológico, conductual, cognitivo y/o social. La idea subyacente es que la memoria es una temática que requiere de todos estos puntos de vista y, de hecho, así se la estudia, confiando en que dichos niveles serán integrados en el futuro o que, en el peor de los casos, los niveles no son incongruentes entre sí. Esta forma de ver el desarrollo de las ciencias que, atinada e irónicamente, el antropólogo Clifford Geertz denominó “concepción estratigráfica”, se apoya en la ilusión de una utópica integración que nunca va a ocurrir, y resulta tan inadmisiblemente pretender alcanzar la unidad añadiendo indefinidamente números a la derecha de 0,99.

Esta concepción “piramidal” supone que cada nivel de análisis es más “básico” o elemental que el subsiguiente, de modo que las neurociencias serían más primarias que la psicología y ésta, a su vez, sería más fundamental que la antropología y la sociología, siendo la física la base de esta, llamémosla así, pirámide epistemológica. En este proceder no existe realmente ningún intento serio por lograr una integración teórica, sólo hay una mera sobreposición —no siempre congruente— de datos y procedimientos separados e independientes. Sería realmente arduo —suponiendo que fuese deseable— conciliar principios del condicionamiento operante con una psicoterapia lacaniana y ambos con variables de orden sociocultural; ante eso sólo podríamos sugerir vagas interrelaciones, posibles analogías o presuntas afinidades y, en realidad, lo que encontraríamos serían premisas y estilos incompatibles. Tómese en cuenta que sólo me estoy refiriendo a la propia psicología, porque la problemática se incrementa severamente cuando tratamos de conciliar a disciplinas diversas.

Existe, como dije antes, otra dificultad sustancial (casi insalvable, mencioné al inicio) para una pretendida labor transdisciplinar: las profesiones se encuentran organizativa y administrativamente separadas. Cada campo del saber se aprende y se practica en estructuras institucionales independientes, con normas, estatutos y códigos también distintos. Considérese

aquí que las reglas para escribir un artículo en revistas técnicas requiere del aprendizaje de farragosos manuales.

Es claro, entonces, que las buenas intenciones no son suficientes para remontar toda una estructura de normas, tradiciones, directrices y estilos diferentes y, con frecuencia, incompatibles. Esta variada arquitectura de usos y costumbres disímiles que caracteriza a las universidades, torna en quimérica la pretensión de remontar la heterodoxia con puentes transdisciplinarios. Aquí se trata de una situación histórica e institucional sobre la que el investigador tiene poco impacto.

Lo aseveración anterior, empero, no es del todo cierta. Un claustro o colegio de profesores e investigadores podría —y, de hecho, así sucede frecuentemente— modificar los planes de formación de su especialidad encaminándola a una mejor integración entre disciplinas afines. Esto implica, no obstante, el reconocimiento de tal necesidad.

Una aceptación tácita o abierta de que la realidad es el inicio y el punto de llegada de cualquier despliegue teórico, debería exigirnos, simultáneamente, el reconocimiento de que un trabajo transdisciplinar es perentorio. Para algunos autores, como Jean Piaget, la única opción viable para el estudio de la construcción del conocimiento consistía en el trabajo multidisciplinario de profesionales de casi todas las áreas científicas. Toda su carrera profesional la dedicó al desarrollo de la *epistemología genética*, que consistía, justamente, en el trabajo integral entre físicos, matemáticos, lógicos, psicólogos, pedagogos, sociólogos, entre otros. ¿Qué queda de todo ello? Aunque no se lograron trastocar las estructuras características de cada campo del saber, la labor monumental de Piaget indudablemente señaló nuevas formas de construir conocimientos y demostró que sí es posible que los científicos se relacionen más allá de los propios claustros disciplinares.

También hay que reconocer que cada disciplina ha sabido desarrollarse fructíferamente de manera relativamente autónoma. En todas las áreas se han registrado descubrimientos espectaculares que han marcado el movimiento de la humanidad, aun cuando no se buscara deliberadamente una combinación entre campos del saber.

¿Qué se puede concluir, por tanto, si ambas estrategias, una integradora y otra con relativa autonomía, han probado ser productivas? ¿Qué decir cuando históricamente ambos intentos se antojan deseables y promisorios? Mi punto de vista es que la ciencia, como cualquier otra actividad humana, posee contradicciones y paradojas, y quizá la producción de conocimientos sea una de las actividades que nos merezcan una mayor observación de cánones y restricciones para poder salvaguardar más contundentemente la validez de nuestros datos. La existencia de refutaciones y correcciones no significa que las disciplinas operen equívocamente sino que esa, precisamente, es la manera como el conocimiento se produce.

En la tentativa por conocer la realidad y en la elaboración de teorías sobre ésta, prevalece un ejercicio que, en ocasiones, nos desconcierta y, en otras, nos reconforta, pero recordando el principio que enunciara Heisenberg, podría decirse que la sola elección de un problema lleva implícito una carga conceptual y una idea o hipótesis previa que altera el objeto mismo que se pretende analizar. Si, entonces, operamos bajo un solo prisma teórico, ello restringiría nuestro objeto inevitablemente; si, en cambio, interrogamos a la realidad desde diversos frentes, seríamos capaces, como en el mítico punto *Aleph* de Borges, de ver y pensar un objeto desde perspectivas diversas que lo enriquecerían. De modo que en este transcurso de la realidad a las teorías y viceversa, yo me inclino por el trabajo multidisciplinario. Es claro que con sólo proclamar una actividad transdisciplinar no se van a generar automáticamente las condiciones que permitirían un cambio en las estructuras características de las disciplinas, y es igualmente claro que si dicha demanda se acompaña de actividades tendentes a dicha unidad, podríamos estar en una mejor posibilidad de lograrlo.

Considerando los dos obstáculos que mencioné antes, el conceptual y el organizativo, la introducción de asignaturas pertinentes dentro de las carreras científicas y la adopción de estrategias más inclusivas por los profesionales sin duda permitirían un trabajo más colaborativo. Para mencionar un caso específico, el nuevo currículo de la Facultad de Psicología de la UNAM incluye las materias de *Transdisciplina* I y II, y las evaluaciones previas muestran que el estudiante no sólo muestra una actitud más alerta y tolerante al quehacer de otras disciplinas, sino que también aprende habilidades que podrían materializarse en un trabajo profesional más inclusivo.

Quizá una omniperspectiva *Aleph* no sea más que una bella ilusión, pero es indudable de que vale la pena perseguirla.